

La creó con sentido popular, como todos los otros imagineros, castellanos y andaluces. La estatuaria religiosa de Murcia nos dice cuáles eran los gustos del pueblo, y qué excitaciones estéticas le hacían sentir la belleza de la Religión. Y hay que reconocer en nuestras gontes humildes de hace doscientos años, una percepción de lo artístico mucho más depurada, por cierto, de la que revelan personas contemporáneas nuestras, que no son analfabetas precisamente. Acertó Salzillo a decir su palabra al pueblo, porque le habló en el idioma espiritual que el pueblo entendía: el de la piedad tradicional.

Nuestro escultor había sentido en sus años tiernos una vocación religiosa decisiva. Ingresó en el convento de Dominicos. Iba a pertenecer a la Orden gloriosa de Predicadores. Su porvenir se truncó con la muerte del padre, y a la casa desgobernada hubo de retornar el joven Salzillo, abandonando el claustro. Pero, consagrándose al arte, dedicóse a una especie de predicación no menos eficaz: la que desde el Pórtico de la Gloria practicó el maestro Mateo, o desde sus retablos o sus imágenes de Valladolid, Berruguete y los otros estatuarios religiosos.

Va disipándose la niebla de incomprensión que desfiguraba a Salzillo. Se le hace justicia ya por muchos críticos de arte. Su pecado consistía en haber nacido en su siglo y en haber permanecido él y su obra encerrados en esta Murcia de la que nadie hizo caso. Cuando el fotograbado salió a dar razón de nuestro tesoro artístico, toda la enorme diferencia que va de lo vivo a lo pintado, hizo juzgar la realidad por su estampa, y la estampa por el conjunto de circunstancias desventajosas que tan mal predisponían a los desdeñosos: desvinculación con la imaginaria castiza, siglo afrancesado, rincón apartado del mundo. Salzillo había de ser un santero dubón, a la manera de lo que son los talleres esos donde nos hacen figuras de pasta que parecen estar amasadas con melaza.

Y, sin embargo, Salzillo es tan español como los imagine-

